

ESTAMPAS DE MARACAIBO

I

Impresiones de turista. Pinceladas rápidas extraídas con paleta nervio sale este mundo de contrastes que se llama Maracaibo. Y también de sus contornos. Antes de que mis pupilas se acostumbren a esta luz. Porque Maracaibo hechiza, y en consecuencia anula las facultades de la crítica fría y razonable.

En primer lugar Maracaibo se le presenta al visitante como un inmenso pueblo, ranchería sin fin. Desde el avión parece vestido de pobre, ensartado de remiendos. Y a pesar de todo coquetea con el lago y destaca, al sol, las hebras doradas de algunas de sus avenidas, El Milagro, Las Delicias, Bella Vista, Los Haticos, y brillan como lentejuelas de colores sus zonas residenciales.

El flujo de los ranchos en incontenible avance, va comiendo la llanura. Y la ciudad se extiende en una línea indefinida de techos de zinc. El problema de la vivienda se presenta alucinante al recorrer el Maracaibo popular. Y no es el de la falta del terrenito calcinado para parar el rancho, pues sobra terreno en la periferia marabina, y cada mañana amanecen nuevos ranchos sin que nadie se inquiete. Es el problema del rancho mismo, casi siempre de ambiente único, es decir de única habitación, antihigiénico, foco de endemias y de promiscuidad. Muchos tienen sus techos de zinc, que los convierten en estufa, pero otros muchos los tienen de bahereque y caña, nido de la triste enfermedad del chipo. El censo de 1950 da al Zulia 27.739 ranchos. Seríamos injustos si no dobláramos la cifra sólo para Maracaibo hoy. ¿Y cuántas de esas casitas de bloques que inician la línea quebrada de los barrios marabinos no son sino ranchos, donde se apretuja la familia densa?

La falta de agua y de luz son problemas vitales en los barrios de la ciudad. Le venta del agua es una poderosa industria. Y bastaría abrir pozos en los distintos sectores para que fluyera el precioso líquido. Hablar de pavimentación, cloacas, aseo urbano... parecería un chiste demasiado pesado a los proletarios marabinos.

II

El plan de emergencia ha transformado muchos de los barrios y cerros caaqueños. ¡Con alegría me imagino su-

biendo las hermosas escaleras del Triángulo-La Bandera, y se me ensancha el pecho ante las reformas y mejoras de tantos de aquellos rincones de Caracas, que parecían olvidados de Dios y de los hombres!... En la Caracas popular salió el sol después de la revolución. ¿Y, por qué no en Maracaibo? ¿No es también Venezuela? No basta con el riego de la capital de asfalto, que el primer aguacero barre inmisericorde. En algunos de los barrios se empezó a hacer algo, se cavaron unas zanjas, se medio cubrieron, y así han quedado. Es una aventura adentrarse por los barrios de Maracaibo a no ser en jeep. Los días de aguacero sería necesario un servicio de helicópteros. En miles de honrados hombres y mujeres del pueblo asoma la tragedia cuando empieza a llover en la ciudad. ¿Si ayer no se hizo nada, por qué hoy no se sigue haciendo nada para drenar las cañadas? Más aún que en Caracas, la vida se hace terriblemente dura e ingrata a nuestra gente del pueblo, aquí en Maracaibo.

Existe un inmenso mundo subproletario, colindante con la miseria. Uno se lo topa en todos los barrios marabinos. ¿Qué hacen, de qué viven? Y pasemos por alto, hoy, la dolorosa estampa de Ziruma y de los indios goajiros, mansos y vilmente explotados por el civilizado sin corazón.

III

El abandono de los niños es un fenómeno que descorazona. Me han llamado la atención las pandillas de muchachos, más o menos precoces, que recorren nuestros barrios, y aun las calles del centro a altas horas de la noche. Y se creen dueños de ellas, encarándose con la policía. ¿Pero dónde está la policía a ciertas horas, ciertos días y en ciertos sitios? El abandono de los barrios hace que se escaseen las escuelas. Más de 90 mil niños carecen de escuela en Maracaibo. Faltan escuelas, faltan maestros, y los pocos que quedan aún tienen energía para destruirse mutuamente. ¡Qué triste esa guerra intestina entre ellos! La prensa ha comentado varias veces el espectáculo triste de esos niños que desde las primeras horas de la mañana están vendiendo café, explotados por manos mercenarias. ¿Se ha puesto algún remedio al mal? Y abundan las quejas sobre esas pandillas de menores que mendigan la lochita para completar la entrada al cine, y los encargados, contra todas las leyes, les dejan entrar a enfangarse en la pornografía de las películas "estricta censura B". Existe aquí el Consejo Venezolano del Niño, o por lo menos la conciencia en los empresarios?

IV

¿Cuáles son los intereses ocultos que amparan la prostitución? A pesar del cierre de prostíbulos, que con periódica frecuencia vocea la prensa, la plaga de la prostitución es alarmante en la capital del Zulia. El dinero fácil de las petroleras, y el desempleo por otra parte son fuentes de esta peste. Zonas malditas junto a urbanizaciones, como las de Zapara, donde el vicio se exhibe en un triste mercado libre de mugrientas apariencias. El centro mismo de la ciudad exige una eficaz y rápida operación de profilaxia. Y es el vicio patente, descarado. Las gentes honestas se quejan, la Prensa reclama, el vicio hiede, y, sin embargo, la plaga no sólo no permanece estacionaria, sino que avanza. Es impresionante el número de expendios de licores y de centros del vicio en Maracaibo, y las poblaciones petroleras, como Cabimas, Ciudad Ojeda, Lagunillas... No es de extrañar la marea de crímenes, sobre todo pasionales, que emerge de esas sentinas. Como triste consecuencia de ello cada vez se va esfumando más el concepto familiar, y se acentúa la desintegración del hogar. El fragor de las rokokas es la estridente música de fondo del Maracaibo nocturno.

V

Bajo el aspecto religioso, Maracaibo es una amalgama extraña. Las sectas protestantes trabajan activamente. En los barrios populares pululan pentecostales y testigos de Jehová. Estos últimos años se ha intensificado de forma alarmante la propaganda de las sectas. Cerca de 40 capillas, muchas de reciente construcción, sembradas en los barrios. Sin embargo es el espiritismo quien está de

moda. Los "Centros espirituales", como ellos les llaman, son numerosos y atraen densa clientela, aun de las clases media y alta. A falta de Dios, la mona de Dios. Es un elocuente índice de la falta de hondura católica, y de la sed espiritual que tiene nuestro pueblo.

A pesar de todo, éste, aunque a veces alejado del culto, sigue siendo católico, y despierta cuando llegan hasta él las ondas benéficas de la acción sacerdotal o del apostolado seglar. La multiplicación de los centros de educación religiosa en la ciudad, y la constitución de nuevas parroquias, que llevan la Iglesia hasta el corazón de nuestros barrios populares, son jalones de esperanza en las perspectivas de renacer de nuestra fe en Maracaibo. Las escuelas y colegios para los humildes de nuestros barrios, regadas como una bendición sobre el desierto calcinado del suburbio marabino, lo harían florecer. La Legión de María con su presencia bienhechora lleva a los rincones más escondidos el testimonio de la fe y de la caridad. Me ha consolado el celo y el empuje de muchos de nuestros sacerdotes de la periferia. La cosecha romperá después. Me ha extrañado y me ha llenado de gozo un fenómeno que he observado repetidamente. En Maracaibo se comulga mucho. En el mar de indiferencia y apatía religiosa emergen islotes de fe y piedad honda. Otros dos hechos me han entristecido, sin embargo: un anticlericalismo más visible y definido que en otras zonas de Venezuela, y que la sotana sacerdotal apenas suscita reacción, a no ser de extrañeza en los barrios capitalinos. Ni aun los niños piden la bendición al "padrecito". En los cerros de Caracas no le falta al sacerdote por lo menos la bienvenida gozosa de los niños.

Maracaibo, julio de 1958.

JUAN M. GANUZA, S. J.

